

El nuevo Papa Benedicto XVI, frente a los desafíos de nuestro tiempo

Me gustaría iniciar esta reflexión con una experiencia personal que tuve con el actual Papa Benedicto XVI. Aconteció en el año 1998, durante mi estancia en Alemania. En esos momentos estaba analizando un artículo que el entonces Cardenal Ratzinger había escrito en 1986 en torno a los temas naturaleza y gracia y el peligro de identificar salvación y política en la obra del teólogo dominico Gustavo Gutiérrez. Se trataba de un artículo de difícil comprensión, y después de varias lecturas me quedaban no obstante muchas dudas que necesitaba que alguien me las aclarase. Pero me convencí que lo más eficaz era escribir al Cardenal Joseph Ratzinger pidiéndole un encuentro y así poder entablar un diálogo sobre todo aquello que no comprendía de aquel artículo de no fácil comprensión. En realidad le escribí con el pleno convencimiento de que nunca me respondería. ¿Cómo se iba a entretener conmigo alguien que tenía tanto trabajo? Pero la sorpresa que me llevé, fue que a las tres semanas me contestó su secretario comunicándome que el entonces Cardenal me recibiría en su despacho del Vaticano, el 20 de octubre de 1998 a las 12 de la mañana. Y aquel día allí me presenté en su despacho. Mi experiencia es que en él vi un hombre sencillo, con una gran categoría intelectual. Fue un diálogo muy rico, en el que me aclaró

muchas dudas sobre el tema que arriba he recordado. Total una hora me concedió estar con él.

¿Qué desafíos le esperan al actual Papa Benedicto XVI?

En primer lugar obrar con sencillez y humildad, con una gran capacidad de diálogo. Esa fue la impresión que personalmente viví en aquel encuentro. Abierto a escuchar los problemas de los sacerdotes, de la gente sencilla, de tantos hombres y mujeres que en muchos países están sufriendo una pobreza que clama al cielo. Y sobre todo que no olvide que la Iglesia no solamente es maestra sino ante todo madre.

Creo haber leído bastante sus escritos, sin embargo me ha sorprendido siempre su excesiva obsesión por algunos peligros que no ha sabido sacudirse a lo largo de estos últimos veinte años. Me estoy refiriendo a la "Teología de la liberación", el problema del relativismo y el miedo a que el cristianismo deje de ser la única religión verdadera. Pueden constatarlo en su obra "*La sal de la tierra. Cristianismo e Iglesia católica ante el nuevo milenio*" (Editorial Palabra, Madrid 1997), y en uno de sus últimos libros "*Fe, verdad y tolerancia. El cristianismo y las religiones del mundo*", (Ediciones Sígueme, Salamanca 2005).



Con relación a su actitud hacia la teología latinoamericana y algunos de sus teólogos, en la obra antes citada *“La sal de la tierra”* critica a la Teología de la Liberación de haber politizado la fe, de querer ganarse a los pobres con teorías. Con otras palabras esa teología no ha conseguido ganarse al extracto social que más le interesaba, es decir, los pobres. Justo los más pobres huyeron de esa teología, porque no se sintieron atraídos por unas promesas intelectuales que nada les dan, mientras que, por el contrario, sentían la falta de calor y de consuelo propios de la religión. Por eso los pobres y la gente se refugian en las sectas. De ahí que se cuestione: ¿No es un signo del fracaso de la Teología de la Liberación?

Frente a este planteamiento, me cuestiono mirando al futuro: ¿La teología que hacemos desde aquí, desde occidente o desde el Primer mundo nos hemos ganado a los pobres? ¿por quién hemos apostado la iglesia europea? ¿con quién pretende estar hoy la iglesia latinoamericana? ¿No está cayendo en la trampa o quizá lo hace conscientemente de actuar con la misma estrategia de las sectas o de movimientos espiritualistas con el fin de buscar las grandes masas? ¿Molesta la Iglesia de verdad con estas estrategias sensacionalistas? ¿No fomentamos así una religión de superstición?

Le digo Santo Padre que no olvide que a mucha gente en A. Latina por ponerse de parte de los excluidos les ha costado la vida, y no sólo a obispos, teólogos y misioneros, sino también a los mismos pobres por luchar por sus propios derechos.

La Iglesia y la humanidad tienen que tomar conciencia de que el pobre no sólo es objeto de ayuda, sino también sujeto de su propia historia. El pobre tiene una cultura, una religiosidad y una mística. A partir de aquí hay que entender el sentido de “la irrupción del pobre” en la historia y “su fuerza histórica”. Pero lo que frena esta realidad son los falsos paternalismos, el pretender ganarse a los pobres con dinero y limosnas sin atacar las estructuras.

La Iglesia no debe dejarse manipular, y que sobre todo se note que no nos callamos ante aquello que tanto daño hace a los pobres que son los preferidos de Dios.

En este sentido creo que el funeral de Juan Pablo II nos tiene que alegrar porque ha sido la mayor despedida, con pueblo llano y dignatarios civiles y eclesiásticos. Ha sido emocionante ver cómo le amaban millones de cristianos. Pero no logro entender el palco de honor para presidentes y ministros dentro de una eucaristía funeraria. Es

como si Herodes y Pilatos, Caifás y Tiberio, con los comerciantes del templo, hubieran presidido el entierro de Jesús.

Juan Pablo II ha sido una figura señera, irrepetible, como han destacado muchos medios, pero casi ninguno ha recordado al Dios del evangelio, en cuyo honor se celebraba el culto, ni al Jesús, amigo de los pobres y expulsados sociales, condenados a muerte por buscar el amor sobre la ley, la libertad sobre el poder, la gratuidad sobre el dinero, sin defensa armada. Han presidido este entierro muchos comerciantes de armas, aunque había también muchísimos amigos de Jesús. Eso me ayuda a pensar que las cosas deben cambiar, como espero y deseo en este nuevo pontificado. Si la Iglesia y su Institución llaman a las cosas por su nombre, seguro que muchos no volverán en el próximo entierro, ni seremos objeto de tanto espectáculo pasajero de los medios de comunicación. No podemos aceptar que los poderosos utilicen la religión para fines políticos, con el fin de ganarse votos o para chupar cámara, cuando en realidad tienen las manos manchadas de sangre.

Finalmente pienso que otro reto que se nos presenta es la desoccidentalización del cristianismo y diálogo entre las culturas y religiones. El Cristianismo se autocomprende como religión universal. Sin embargo, actualmente actúa como religión occidental con sucursales en otros ámbitos culturales. Condición necesaria para que la universalidad pase de los principios a los hechos es la desoccidentalización de la Iglesia Católica y su ubicación en las distintas culturas en las que está arraigada. El cristianismo vive en un clima de pluralismo cultural y religioso, que le exige renunciar a todo complejo de superioridad y a cualquier intento de hegemonía, respetar todas las culturas y religiones y establecer un diálogo simétrico con ellas en un clima de libertad. Me alegra saber que en el programa del Papa Benedicto XVI se encuentra el compromiso de “promover el contacto y entendimiento” con otras iglesias y el diálogo con los seguidores de otras religiones, incluso con los no creyentes. El diálogo debe extenderse a la modernidad, en actitud crítica, pero no de condena, como si las distintas ilustraciones europeas fuesen las raíces del mal.

Finalmente creo que el cristianismo junto con las demás religiones tienen que demostrar que **“la búsqueda de la verdad es más preciosa que la verdad”** (Lessing).

JUAN PABLO GARCÍA MAESTRO